

José Carlos Becerra: el poeta al volante de la eternidad

José Carlos Becerra: the poet at the wheel of eternity

Kristian Antonio Cerino Córdova

Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Xalapa,

México

librodemar@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-4306-9203>

Recibido: 05 de agosto de 2022.

Aprobado: 25 de octubre de 2023.

Kristian Antonio Cerino Córdova.
Es académico y periodista. Hizo estudios de Comunicación y Docencia en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (UJAT), y de Literatura Hispanoamericana en el Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias (IIL-L) de la Universidad Veracruzana en México.

RESUMEN

La presente semblanza reconstruye el infortunio que padeció José Carlos Becerra, poeta mexicano, fallecido a los 34 años de edad en Brindisi, Italia. A más de medio siglo del suceso, su poesía goza de buena salud por la reimpresión de sus poemarios y porque cada vez se han sumado jóvenes que leen con asombro los versos del escritor nacido en Tabasco, tierra sureña de poetas.

En la juventud, Becerra encontró el reconocimiento a su obra, como el elogio que recibió -a través de una carta- del poeta Octavio Paz; sin embargo, su proceso escritural se detuvo cuando perdió la vida en aquel accidente automovilístico, hecho que conmocionó a la comunidad académica, cultural y literaria de México en 1970.

Si bien José Carlos Becerra sabía qué hacer con las palabras, no era hábil con el volante, de acuerdo con testimonios de amigos y cercanos al poeta que buscaba, el día de la desgracia, una salida al mar con destino a Grecia.

Palabras clave: poesía; literatura mexicana; infortunios y escritores; automóviles; viajes.

ABSTRACT

This article reconstructs the misfortune suffered by José Carlos Becerra, a Mexican poet, who died at the age of 34 in Brindisi, Italy. More than half a century after the event, his poetry is in good health because of the reprint of his poems and because more and more young people have joined who read with amazement the verses of the writer born in Tabasco, southern land of poets.

In his youth, Becerra found recognition for his work, like the praise he received -through a letter- from the poet Octavio Paz; however, his scriptural process stopped when he lost his life in that car accident, a fact that shocked the academic community, cultural and literary of Mexico in 1970.

Although José Carlos Becerra knew what to do with words, he was not skilled with the steering wheel, according to testimonies of friends and close to the poet who was looking, on the day of misfortune, for a sea trip to Greece.

Keywords: poetry; Mexican literature; misfortunes and writers; automobiles; travel.



El 27 de mayo de 1970, cuando el poeta José Carlos Becerra murió en Brindisi, Italia, tenía 34 años. Aquel día, aceleraba entre curvas y rectas por estas carreteras italianas, en el talón del mapa, al ocurrir el deceso. Si uno mira con atención la geografía itálica y sabe que este país se asemeja a una bota, solo hay que mirarle el tacón para encontrar Brindisi, la ciudad en la que Becerra perdió el control de su automóvil en plena primavera. Su partida fue como un taconazo mortal para sus lectores.

Todas las opiniones coinciden en que no sabía conducir. Los de Hugo Gutiérrez Vega, Jorge Priego y José de la Colina¹ son solo algunos testimonios sobre el pésimo conductor de automóviles que fue Becerra. El poeta Gutiérrez Vega contó el diálogo que sostuvo con el conductor distraído, advirtiéndole que “manejaba muy mal” y luego lo aconsejó viajar en tren, durante sus días por Europa; pero el rechazo de José Carlos Becerra fue categórico: que prefería el automóvil para detenerse ante los paisajes y ciudades. En el documental *José Carlos Becerra, poeta*, (2015), Gutiérrez Vega aún recuerda el auto viejo que compró el poeta originario de Tabasco. En definitiva: “no manejaba bien”, sentencia Jorge Priego Martínez, un escritor porteño que conoció al autor del poemario *Oscura palabra* (1965).

En noviembre de 1969, el poeta Becerra arribó a Londres. Llegó a esta ciudad inglesa porque obtuvo la beca Guggenheim, un subsidio para escritores y científicos. Al concluir sus días de becario en Inglaterra emprendió el viaje por otras ciudades del viejo continente, éxodo que inició luego de comprarse un automóvil de segunda mano.

Yo llegué también con mi beca Guggenheim a Londres pocos meses después y me alojé en la casa del mismo amigo mutuo, Alberto Díaz Lastra, en donde él se había alojado. Allí, José Carlos olvidó una camisa que yo heredé (Del Paso, 2016, p. 1).

¹En el documental *José Carlos Becerra, poeta* (2015), del realizador Modesto López, Gutiérrez Vega relata los días de Becerra por el viejo continente. El testimonio de José de la Colina está citado en el artículo Rompecabezas Becerra (2011), de Carlos Coronel, y el de Priego Martínez aparece en un diario extinto de Tabasco. <http://carloscoronelsolis.blogspot.com/2011/05/rompecabezas-becerra.html>

En su discurso durante la ceremonia en la que recibió el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes, 2016, el escritor mexicano Fernando del Paso dedicó unas líneas para evocar a José Carlos Becerra a través de la prenda olvidada en una de las habitaciones de la casa de Alberto Díaz Lastra, amigo en común.

Del Paso -autor de la novela *Noticias del imperio*- confesó que aquella camisa de Becerra la usó en Londres, y en lo sucesivo, cada vez que sentía “pereza de escribir, desánimo o escepticismo”. Solo así “comenzaba a trabajar”, publicó el diario español *El País* el 23 de abril del 2016.

En 1970, Del Paso sentía un deber, al ponerse esta camisa, con aquellos artistas “cuya muerte prematura les impidió decir lo que tenían que decir”. Por ello, en abril del 2016 depositó la camisa en la Caja de las Letras en España, y dijo que el desprendimiento por la prenda no debía entenderse como su retiro de la escritura:

—Me pondré la camisa, así sea metafóricamente, una y otra vez hasta que se acabe mi vida —dijo Del Paso, cuyas palabras fueron retomadas por la página electrónica del Instituto Cervantes el 21 de abril del 2016.

Antes del accidente carretero, la poesía de José Carlos imantaba a los lectores mexicanos. Lectores jóvenes y avezados ya con una carrera literaria. En 1967, el poeta Octavio Paz envió una carta a Becerra, una misiva que escribió en la India.

Paz, autor de *El laberinto de la soledad* decía: “Usted es un poeta indudable, cierto”. Tres años previo a su muerte en Brindisi, Paz no solamente había leído un manuscrito de Becerra, sino que llegaba a esta conclusión en la carta del 30 de abril: “‘La corona de hierro’ (*Relación de los hechos*) es un libro espléndido ¡Su primer libro! Pienso con vergüenza en las primeras cosas que yo escribí” (Paz, 1973, p. 299).

Otros escritores como el peruano Mario Vargas Llosa y el cubano José Lezama Lima², también lamentaron la partida terrenal del poeta José Carlos Becerra Ramos. En una carta enviada a su amigo Lizandro Chávez Alfaro el 1° de junio de 1970, Vargas Llosa dice que le escribe “bajo el efecto de esta tremenda impresión” al enterarse de la muerte del poeta y amigo mexicano, recordándolo así en aquella misiva: “Infaliblemente olvidaba su paraguas (en Londres) o su impermeable o sus libros, porque era una de las personas más distraídas que he conocido” (Vargas Llosa, 1970, p. 309).

Para Lezama Lima, la muerte de Becerra le causó “una honda tristeza, pues me demostraba a través de sus cartas una simpatía amistosa verdaderamente inolvidable”. Estas palabras fueron leídas por José Emilio Pacheco, el destinatario de la carta enviada desde La Habana por Lezama Lima.

Su muerte fue tan repentina que me atrevo a decir que Becerra quiso viajar más lejos que Carlos Pellicer, el otro poeta mexicano -igualmente originario de Tabasco- que transitó por varios países americanos para hablar de su vida y sus obras. Becerra, una vez que cruzó el Atlántico, desde Nueva York, pisó el acelerador pensando en llegar al tacón de la bota para subir en lo inmediato a un barco que lo llevaría a Grecia.

En la nota biográfica que añaden José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid -en la obra completa de José Carlos, *El otoño recorre las islas*- se relata a manera de crónica:

En marzo (1970) inició su viaje por el continente. En Alemania adquirió un Volkswagen de segunda mano con la puerta del conductor en malas condiciones / Becerra cumplió su propósito de visitar Italia. Pasó algunos días en Florencia y en Roma; salió de Nápoles para atravesar la península y tomar en Brindisi el transbordador que lo llevaría a Grecia... La última luz que vieron sus ojos fue el brillo del Adriático al amanecer, el

² Ambos escritores latinoamericanos compartieron estas correspondencias, a propósito del fallecimiento de Becerra, y se publicaron en el libro *El otoño recorre las islas* (1973), de José Carlos Becerra, bajo la edición de José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid.

Estrecho de Otranto resplandeciente al dar vuelta a una curva (Pacheco y Zaid, 1985, p. 22).

En 1969, meses más tarde de la matanza de estudiantes en México, y un año antes de su partida en Italia, Becerra escribió el poema “Batman”. En un fragmento se lee entre líneas probablemente su vivencia o su relación con el automóvil:

Recomenzando, pues, el mismo discurso,
recomenzando la misma conjetura,
el Clásico desperfecto en mitad de la carretera,
el Divinal automóvil con las llantas ponchadas
entorpeciendo el tráfico de las lágrimas y de los muertos, que transitan Clásicamente
en sentidos contrarios (Becerra, 2000, p. 174).

El editor Carlos Coronel publicó el artículo *Rompecabezas Becerra* (2011), donde rememora que el poeta de Tabasco “quería serlo todo: torero, arquitecto, pintor, actor, director de cine, militante político, dandy, pero sobre todo, poeta”. Lo que nunca pudo ser es precisamente la causa de su muerte: un buen conductor.

El ensayista José de la Colina, citado en *Rompecabezas Becerra* (2011), recuerda a José Carlos Becerra como un pésimo conductor, torpeza que compartía con Juan Manuel Torres, su antiguo amigo de preparatoria y con el que en los últimos años -en la ciudad de México- rentó un departamento en Guadalquivir 58, en la colonia Cuauhtémoc. En palabras de José de la Colina

ninguno sabía estacionar bien su auto y a veces me hablaban por teléfono para pedirme que los ayudara a meterlo al garaje. Creo que José Carlos estaba apenas aprendiendo a manejar en México cuando se fue a Europa (Coronel, 2011, p. 1).

El padre del poeta Becerra, Carlos Becerra Lacroix, propietario de una papelería en la calle Francisco I. Madero, envió desde Villahermosa a la ciudad de México, un Volkswagen

nuevo de color azul para su hijo. Con un modelo semejante, solo que de segunda mano y comprado en Alemania, José Carlos perdería la vida en una carretera estatal, cerca de San Vito de los Normandos, un 27 de mayo de 1970.

Coronel cita al escritor Sergio Pitól en alusión a José Carlos: “siempre me pareció que cuando llegaba, ya tenía encima otra cita por cumplir, era un joven muy inquieto; quería vivirlo todo, probarlo todo, saberlo todo. Me daba la impresión de que tenía prisa por llegar a otra parte, nunca me imaginé que esa cita sería en Brindisi” (Coronel, 2011, p. 2).

El fallecimiento de Becerra trascendería un día después y por un cable que se publicó en el diario mexicano *Excélsior*. En el titular se leía: “Al volcar su auto, murió en Italia un Arq., mexicano”. La agencia ANSA comunicó así el accidente:

Becerra -que conducía un automóvil placas 428-Z-91927- tomó una curva a alta velocidad en la carretera estatal número 16 y perdió el control del vehículo. Después de estrellarse y romper el muro de protección, el vehículo cayó en una barranca. El cuerpo del arquitecto fue llevado a la capilla del cementerio de Brindisi (Excélsior, 1970, p. 3).

El cable estaba firmado el 28 de mayo, pero su muerte había ocurrido el 27, y trascendido en México hasta el 29.

A decir de los reseñistas de *El otoño recorre las islas* (1973), de no ser por la publicación del diario *Excélsior*, Becerra habría sido sepultado en una fosa común de Brindisi y sus pertenencias rematadas al mejor postor.

Un último cable de ANSA en *Excélsior* dio quizás los últimos datos y descripciones del suceso: que Becerra manejaba a “alta velocidad”, que salió de la carretera “cercana a un puente ferroviario”, que el automóvil era un Volkswagen 1500, que perdió el control, que desbandó, que se dio vuelta cayendo a una “profunda cuneta” y que murió en el instante por “fractura de la base del cráneo” (Excélsior, 1970).

En el automóvil también encontraron dinero en efectivo, cheques y poemas, en una Brindisi -de 328 km²- desconocida para Becerra y en la que vivían entonces unos 50 mil habitantes.

El Volkswagen 1500 que compró Becerra para la travesía europea, se estima, tenía una antigüedad de 9 años. Ya estaba muy usado el día en que el poeta metió la llave e hizo las primeras maniobras. El auto solo tenía dos puertas, un motor de 1.5 litros y una zona amplia de equipaje que algunos llamaban, en los años sesenta, portafolio. Probablemente el precio y el espacio trasero, acaparó la atención del poeta para convencerse de la compra. Al morir y revisar sus pertenencias en el vehículo, hallaron los poemas escritos a mano que después incluirían, Pacheco y Zaid, en *El otoño recorre las islas*.

Si Becerra hubiera manejado el Volkswagen 1500 en su natal Villahermosa, Tabasco, seguramente solo habría chocado con el malecón de la ciudad -frente al río Grijalva- y entre unas cuantas ceibas. Villahermosa entonces tenía un promedio de 150 mil habitantes, según el censo de 1970, unas cuantas calles para transitar y un millar de autos en todo Tabasco.

Sin embargo, en Villahermosa pocos recuerdan haberlo visto conducir un automóvil:

—Ni una bicicleta —precisa el escritor Jorge Priego—. La razón: había pocos autos y porque todo estaba cercano a la Juárez, la calle del poeta. En ese entonces otras avenidas eran más transitadas por autobuses³.

³ En el libro ensayo *La ceiba en llamas*, de Alvaro Ruiz Abreu, se lee una nota al pie donde Armando Pérez, un amigo del poeta Becerra, tuvo la intención de enseñarlo a manejar en Villahermosa: “Me dijo, enséñame a manejar, y yo que siempre hice sus caprichos lo llevé a la ciudad deportiva, le di mi coche. Y nada. Después de dos horas le dije la verdad: dedícate a otra cosa” (Ruiz Abreu, 1996, p. 326).

En el artículo *Que te llegue mi aliento José Carlos*, publicado en *Excélsior* el 2 de julio del 2011, la periodista y escritora María Luisa Mendoza evoca la noticia sobre su muerte:

Salió una notilla en mi periódico diciendo que un arquitecto mexicano Carlos Becerra Ramos había muerto en un accidente de carretera. Yo lo leí y aunque sabía la pésima forma de manejar, lo de arquitecto me cegó, como evidentemente quería. De inmediato me habló por teléfono Ripstein comunicándome su angustia y yo me enterqué en no aceptar la posibilidad: ¡porque nos íbamos a ver en tres días! Me escribía cartas antológicas, risueñas, alegres, amorosas. Quedamos de vernos en Atenas y vivir hondamente Grecia. Él se iría manejando un autito comprado pienso que en barata, carcachita por mientras, desde Berlín. Nosotros volaríamos hasta el Partenón donde nos veríamos a las carcajadas y el lagrimeo acostumbrado (*Excélsior*, 2011).

Para Mendoza, José Carlos no se despidió “de nosotros” porque él también se estaba encarando con la muerte en Brindisi:

Pero nunca dejo de extrañarlo. Era mi amigo José Carlos Becerra: cómplice, mi compañero de ir al cine; tenía la beca del Centro Mexicano de Escritores apartada para mí. Su hermana Deifilia. Sus novias. Su colección de suéteres. Éramos ricos porque trabajábamos juntos en publicidad y nos igualaba sentirnos mineros de hondos agujeros de sal o de carbón. Nos hartaba el horario, aunque muy felices con nuestros compañeros de presidio, Arturo Ripstein, Jorge Fons, Juan Manuel Torres, Eugenia Caso y Chaneca Maldonado quien era la capitana que no capataz. Jugábamos mucho a que ellos eran toreros, bueno José Carlos, picadores sobre las sillas de ruedillas los otros, y yo la manola... colocaban en mi escritorio periódicos extendidos que era a fuerza mantones, y pasaban horas en la lid que en el fondo odiábamos. No me acuerdo quién era el toro. Al jefe Fernando del Paso le caíamos muy mal y en sus ausencias eran las corridas. Vivimos juntos el 68 y mi casa de Tlatelolco se convirtió en una especie de santuario. Todos escribimos poemas, novelas y Fonsi su extraordinaria película *Rojo Amanecer* (*Excélsior*, 2011).

Setenta y cinco años antes de la muerte de Becerra, Fernando de Teresa trajo a la ciudad de México el primer automóvil y en 1907 ya había 860 automóviles en la capital del país. En la crónica “La sucursal del infierno” -del libro *El tiempo repentino* de Héctor de Mauléon- se describe que ese primer automóvil de 1895 era considerado “el coche del diablo”, porque rompió con la armonía de los habitantes que aún tenían tomadas las calles para platicar y jugar.

Un reportero de *El siglo XXI* describió entre emoción que el vehículo se “deslizaba como una saeta, anunciando su paso por medio de una bocina semejante a la de la bicicleta y obedeciendo con admirable precisión a la mano que lo guiaba”. Otro periodista de *El Universal* escribió que algunos al verlo se santiguaban “con horror”.

De acuerdo con De Mauléon, en 1907, el poeta Alfonso Camín escribió: “Allá va el monstruo de crujiente acero/ cuyo rojizo resplandor fascina / dejando huellas de su inquina / una nube de polvo en el sendero...” (De Mauléon, 2008, p. 18).

Setenta y cinco años después de que los habitantes de la ciudad lo consideraban “El coche del Diablo”, Becerra salía disparado en un automóvil que posiblemente alcanzó una velocidad considerable: “En una madrugada, no se sabe qué sucedió. Tal vez se quedó dormido al volante, el caso es que se desbarrancó”, ha dicho Del Paso.

Otro amigo de José Carlos, el economista Fernando Rafful sostuvo que según la versión de un policía “se quedó dormido”. En el último encuentro, en la ciudad de Roma, Becerra contó que había tenido “varios accidentes” al declararse inocente. Rafful, como otros, volvió al asecho con el consejo: “sería bueno que dejaras de manejar”. El poeta había llegado a la capital italiana con el pelo teñido de rojo. Ante el asombro del amigo, Becerra solo resumió el hecho: “Tuve un encuentro con una escandinava”. Gutiérrez Vega recibió la última llamada de Becerra que le informaba que estaba en Nápoles. “Por qué no sales

temprano (con la primera luz)”, sugirió. Sin embargo, Becerra condujo aquel día en la madrugada (López, 2015).

Algunas enciclopedias señalan que en Brindisi nació el literato Marco Pacuvio y murió el poeta Virgilio muchos siglos antes del nacimiento de Cristo. El destino quiso darle muerte en estas tierras romanas a José Carlos Becerra Ramos, autor de *Los muelles* y *La Venta*. En esta Brindisi de la región de Puglia, entre llanos y caminos que conducen al mar Adriático, Becerra halló como un navío viejo el fondeadero perenne.

Curiosamente en Italia José Carlos Becerra escribió, unos días antes de morir, un poema que tituló *Roma* del poemario inédito *Cómo retrasar la aparición de las hormigas*:

según se ha dicho que existen muertos
menos densos que el aire

... Pero ocho años antes de su partida, el poeta Becerra publicó el poema *Blues* (1962), uno de los más celebrados en la literatura mexicana:

Invernaré la noche en mi pecho.
No era necesario saberlo.
No tiene importancia.
Espero una carta todavía no escrita
donde el olvido me nombre su heredero.

Becerra perdió el control del automóvil, salió de la carretera en Brindisi, y no pudo ver el último amanecer, quedando así truncado su viaje en barco con destino a Grecia.

Al borde de la carretera N16 en la que se mató Becerra hay un paisaje de olivos y viñas en la tierra roja. La ruta Bari-Brindisi es plana como la del sur de Veracruz o la de Tabasco. ¿Qué vino a buscar el poeta de *Relación de los hechos* a estos lugares? Cansado de la errancia, al fin llegó a su destino no programado; no perdió la brújula de su vida, pues hasta el último momento estuvo escribiendo (Ruiz Abreu, 1996, p. 15).

José Carlos bajó del avión dentro de un sarcófago de Drácula...habría estado feliz. “Nosotros lo recibimos (4 de junio, 1970) llorando desconsolados y tocando la caja de muerto alargada como debe de ser. Llorábamos mucho. El poeta era hermano de nosotros”, dice María Luisa Mendoza en su reseña para *Excélsior*.

Ocho días después, su cadáver llegó a la ciudad de México, y al día siguiente (5 de junio de 1970) a Villahermosa, Tabasco, la tierra del poeta. Lloraron sus hermanas, Deifilia y Cristina, y lloró en alguna parte la escritora Silvia Molina, la mujer que amó -se ha dicho- al poeta “seductor”.

—Estuve en su velorio y fue una gran pérdida —se lamenta Jorge Priego.

Referencias:

Becerra, J. C. (1985). *El otoño recorre las islas*. Edición de José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid. Lecturas mexicanas / ERA.

Becerra, J. C. (2000). *El otoño recorre las islas*. Prólogo de Octavio Paz. Ediciones ERA.

De Mauleón, H. (2008). *El tiempo repentino. Crónicas de la Ciudad de México en el siglo XX*. Ediciones Cal y Arena.

López, M. (Director). (2015). *José Carlos Becerra, poeta* [Documental]. Ediciones Pentagrama, Fundación José Carlos, TVUNAM, UJAT.

Ruiz Abreu, A. (1996). *La ceiba en llamas*. Ediciones Cal y Arena.

